

Índice

OBERTURA SOLAR	11
PRIMERA PARTE	19
<i>Urumaco</i>	19
EL VIAJE	21
Primer despertar	21
La caminata comienza	31
El viento que canta	33
Desierto de fósiles	35
Delirios	39
Zona de los cuarzos	46
Pueblo fantasma	51
Reflexiones erráticas	52
Desierto de Urumaco	53
Fósil de «platillo volador»	56
Llegada de vuelta	58
JARDÍN DE CUARZOS	59
LUCES EN LA MONTAÑA	70
DANZA DEL HOMBRE DORADO	75
Entonces comenzó la «danza».	79
NOCTURNO	82
SEGUNDA PARTE	
<i>Túneles, cavernas y templos</i>	91
BATALLA MENTAL	93
PRIMER ACERCAMIENTO	98

RÍO	106
TÚNELES	116
MUJER-SERPIENTE	131
ROCA CENTRAL	141
RETORNO-ILUSIÓN	146
TEMPLO KA	156
UNUKALHAI	174
SIRIUS	181
LUNA	186
RETORNO-ESPIRAL	195
TEMPLO SUMERGIDO EN EL OCÉANO	217
NUEVAMENTE EN LOS TÚNELES	220
TERCERA PARTE	
<i>Necrofonías</i>	235
ENCIERRO	237
VISIONES SATURNALES	247
RESCATE ENTRE REALIDADES	259
CURACIÓN	264
COMIENZA EL RITUAL	268
PASILLO DE LAS CAVERNAS SUCESIVAS	278
JARDÍN CENTRAL	282
VÓMITO AKÁSHICO	289
CUARTA PARTE	
<i>El discípulo</i>	311
NUEVAMENTE DESPERTAR	313
RECORRIDO POR EL MONASTERIO	317
ENCUENTRO CON EL MAESTRO DEL ÁRBOL	332

VIDA EN EL MONASTERIO	345
DENTRO DEL HABITÁCULO	350
EMPIEZAN A LLEGAR LOS RECUERDOS	365
CÓDIGOS DE LOS MAESTROS HATHORES	377
ABANDONO DEL TEMPLO	384

QUINTA PARTE

<i>Akakor / Hurqalya</i>	387
TÚNELES, REENCUENTRO CON MIS SHPRËT	389
AKAKOR	398
TEMPLO DE AKAKOR	408
ANUNCIACIÓN	417
DANZA RITUAL	425
ÉXODO POR LOS TÚNELES	433
ENTRADA AL INFRAMUNDO	443
TRONO DEL FALSO REY DEL MUNDO	453
ENTRADA AL SUPRAMUNDO	465
PAISAJES DE IMAGINACIÓN CREADORA	471
LAGO DEL MUNDO	473
CONTACTO CON LOS DIVERSOS «YO»	478
SOBRE LA TIERRA INTERMEDIA	482
ANUNCIACIÓN FINAL	486
PURGATORIO CALCINATIO	488
LLUVIA INICIAL	505

«Sin duda, no fue un suceso empírico, sino un ‘acto del espíritu humano’, [...] al igual que todas las leyendas que se hicieron un lugar en la tradición histórica, narraciones de acontecimientos que nunca sucedieron, o que al menos no se pueden verificar pero que pueden, si se clarifican y son fielmente interpretados, proyectar luz sobre la realidad histórica».

Karl Kerényi, *Eleusis*

«Los fenómenos de la naturaleza y los acontecimientos de la historia tienen todos un valor simbólico, pues expresan algo de los principios de los que dependen, de los que son consecuencias más o menos alejadas».

René Guénon, *El esoterismo de Dante*



OBERTURA SOLAR

Todo se oscureció en medio del desierto. Cayó súbita la noche sobre nosotros como un manto pesado. No lográbamos ver nada a nuestro alrededor. Sólo podía apenas intuirse una extraña luminosidad indescriptible que nos hizo voltear hacia arriba. En pleno cenit flotaba un sol brutalmente negro, ceñido por ese gigantesco aro de fuego del que emanaba un resplandor insoportable y fascinante, perturbador. Y vimos, con más estremecimiento que asombro, que los animales se habían puesto de rodillas; hincando sobre la tierra sus patas traseras, hacían gestos imposibles como si intentaran saltar o sostenerse en el aire y subir. Algunos perros ladraban, enloquecidos y atormentados corrían por todas partes en el inabarcable desierto. Las pocas aves que cruzaban el firmamento se quedaron suspendidas en el aire con sus alas extendidas, como ángeles.

El sol negro empezó a agrietarse lentamente como deshaciéndose de un envoltorio duro ya resquebrajado desde adentro por un fuego incisivo. Al abrirse por completo surgió de entre las llamas un ojo inmenso de cuya pupila tuve que apartar rápido la vista para no quedar ciego. Debía ser sin duda un eclipse, pensé, pero en el que la luna había dejado de ser oscura, absorbida por el sol, brillando entonces como una pupila dilatada e incandescente.

Al igual que los animales, las otras dos personas que estaban conmigo y yo caímos arrodillados. Todo mi cuerpo vibraba

con una fuerza incontrolable al sentir una mezcla indescriptible entre pánico y éxtasis. Mi respiración empezó a acelerarse a tal punto que no podía contenerla ni calmarme. Sólo alcancé a tocarme el pecho con las manos sintiendo que iba a estallar. La respiración parecía hacerme entrar en trance. Observé a las personas que me acompañaban (no recordaba quiénes eran, pero sus rostros me parecían familiares) y, aunque su respiración era igual de intensa, parecían relajados, confiados, con los brazos abiertos hacia arriba, entregados a la experiencia como si ya hubiesen vivido aquello muchas veces. La respiración exacerbada me generaba una hiperventilación involuntaria que me mareó y me obligó a cerrar los ojos.

Entonces escuché una cantidad innumerable de perros, chivos, lagartos y todo tipo de criaturas que lanzaban gritos guturales largos y retorcidos mientras corrían de un lado a otro. Entre los ruidos, aullidos y gruñidos, empecé a escuchar muchísimas voces que parecían provenir de todos lados. Voces que pronunciaban palabras incomprensibles, fonemas y ruidos extrañísimos con resonancias oscuras que envolvían todo. No eran voces humanas, provenían del desierto mismo, majestuoso canto de la profundidad de la tierra seca, de las nubes, de las montañas.

Pero entonces abrí los ojos e intenté voltear al cielo nuevamente. El brillo no era tan fuerte, y logré ver (aunque sólo de manera indirecta) que el Ojo-Sol ya no era tal cosa. El aro de fuego que lo ceñía había empezado a girar sobre sí mismo y su forma circular se había abierto. Ahora las llamaradas parecían curvarse, convirtiéndose en distintos brazos danzantes.

Ya no se trataba de un sol, ni de un aro de fuego, ni de un eclipse: sino más bien de una especie de galaxia inmensa que a pesar de hallarse infinitamente lejos, podía verse desde donde estábamos.

De soslayo todavía, lograba ver que en el centro de esa galaxia había un punto focal luminoso: supe que seguía estando allí ese gran ojo cósmico. Tal pensamiento me generó terror. Quería que fuese sólo una galaxia, un sol, un eclipse. Pero me armé de coraje y decidí ver hacia el centro, al ojo incandescente. Y me encontré con una pupila profunda, formada por múltiples capas casi transparentes que formaban un túnel de luz que se perdía en el infinito.

Sentí que el ojo me miraba, o más bien que miraba a través de mí como si yo fuese una de esas capas traslúcidas. Observaba con una fuerza, fulgor, intensidad y profundidad sin límites. Y al ver a través de él, del mismo modo que él miraba a través de mí, vi que detrás del centro de la pupila había una abertura ovalada, como una vagina, que era el eje fundamental del cual brotaba no sólo esa galaxia sino el universo entero, parecía ser el punto exacto del que provenía todo lo creado, un gran útero cósmico.

Me llené de una insospechada paz y de un sentimiento que sólo podría describir como amor infinito, en el que supe que todo lo creado no eran sino distintas expresiones de esa misma raíz. Toda brota de la misma fuente originaria, todo nace de ese centro inefable, de esa divina madre que era aquella gran pupila

Sentí que algo en mi visión se calibró de un modo distinto y todo lo que pensé que era el mundo sobre el que estaba arrojado, desapareció, y las manchas de nubes lejanas al fondo del horizonte se convirtieron en nebulosas siderales. Las montañas, árboles, animales y nosotros mismos éramos pequeños puntos microscópicos de materia reluciente en medio de la nada, restos y despojos insignificantes de partículas que se desprendían de las estrellas y los planetas a lo largo y ancho de un largo peregrinaje por el universo, ínfimas luces pululantes en medio del polvo cósmico. Yo no era yo, era un simple haz de luz que repentinamente

despertaba observando algo que rebasaba toda forma posible de entendimiento.

Y aunque sabía que la distancia cósmica que nos separaba era superior a cualquier cosa que pudiese imaginar, sentí que no había distancia alguna entre ese Todo y la nada que era yo. Porque la vida que brotaba en mí y que me sustentaba, provenía del mismo punto incandescente originario del que todo ha nacido. Todo lo que existe, ha existido y existirá, no era sino una milésima extensión de ese Todo, un armónico resonante eco del orgasmo desgarrador primigenio. Vi que nada es lo que es. Porque nunca existieron entonces las cosas, las formas del mundo, ni planetas, ni lunas, ni sistemas solares, ni galaxias. Sólo ha existido esa luz refractada en centenares de miles de millones de luces que emitían vibraciones, algunas audibles o visibles de alguna manera, mientras que otras eran imposibles de percibir.

Supe que todo surge constantemente a partir de esas vibraciones que emiten cada una de estas luces, infinitos hilos dorados que, vistos desde la materia, se comprimen en torno a un punto ciego, un centro invisible. Vistos desde fuera de la materia, se hacían evidentes los cúmulos de hilos. Más que hilos eran en realidad pequeños ríos, manantiales inagotables de luz: de ellos emanaban las energías que rigen, sostienen y movilizan el cosmos en sus múltiples dimensiones: los elementos, las formas, las realidades, los átomos, la conciencia, todas y cada una de las cosas creadas son una resonancia de esa irradiación de energía primordial.

Al sentir esa verdad en todo mi ser, al ver todos esos universos en expansión a partir de un mismo soplo divino, y al comprender sin ninguna duda que absolutamente todo proviene de la misma raíz y que su razón de existencia no es otra cosa que el desplegarse hasta el infinito de esa fuerza original, al entender

eso, empecé a despertarme de lo que parecía haber sido un sueño increíblemente lúcido.

Volví a ser yo, aunque me costaba todavía discernir quién era yo particularmente. Vi aquel ojo cósmico convertido de nuevo en un sol negro, un sol eclipsado, como una imagen atrapada entre mis párpados y el mundo onírico, y por un instante tuve la duda de si se trataba del sol, de un eclipse, del ojo o del útero de Dios, del centro del universo, o si era el minúsculo núcleo de un átomo. ¿O era todo eso al mismo tiempo?

Pero al empezar a despertarme, incluso, esas imágenes comenzaron a desvanecerse y mi memoria parecía querer borrar o falsear desesperadamente todo lo que acababa de suceder. Me quedaba cierta sensación inexpresable, algo confuso sin referente alguno de comparación, una vaga «ilusión» que rápidamente se esfumó. En algún punto logré intuir algo, pero me dije a mí mismo que tan sólo había sido un sueño. Luego empezó un diálogo conmigo mismo a través de imágenes, buscando recordar lo que había soñado. Pero nada más quedaban fragmentos sin sentido que a lo largo de los días seguramente terminarían por hundirse en el pantano de la realidad objetiva. Sin embargo, algo dentro de mí supo que estas imágenes y sensaciones no eran en absoluto nuevas. De hecho, podría decir que se trataba de un sueño recurrente desde mi niñez. Un sueño que no lograba nunca recordar pero que dejaba impresa en mi alma la sensación inexpresable de haber experimentado algo trascendental.

Pero eso lo sabía con más convicción ahora, cuando por primera vez, en toda mi vida, lograba realmente sentir vívidamente el sueño todavía al despertarme. Al menos al principio, cuando tuve la certeza de que se trataba de un recuerdo de hace centenares de miles de millones de años, un recuerdo profundo que quizás no

era ni siquiera mío, sino que pertenecía a una memoria colectiva, cromosómica, ancestral. Con todo, experimenté un gran regocijo al sentir que yo, que no soy más que polvo en medio de ese largo camino, había logrado revivir aquel recuerdo y sentirlo como mío.

Sin embargo y a pesar de lo fuerte que era la evidencia de lo vivido y de la conciencia sobre las importantes consecuencias espirituales que esta experiencia onírica traía, a medida que despertaba y caía en cuenta de quién era yo y dónde me encontraba, toda la experiencia mística iba retrayéndose sobre sí misma y las imágenes se vaciaban rápidamente de su significado inmediato. Las imágenes, tan ciertas y contundentes, se redujeron a lo que parecieron fantasías oníricas, cautivantes pero irreales. Ahora el sol era un ojo cerrado. Los animales ya no estaban de rodillas, todo se fue borrando del paisaje. La sensación de paz y unión cósmica se transformó en cierto temor de haber sido «engañado» por la psique con un sueño sumamente vívido.

Mis ojos terminaron de abrirse y observaron el paisaje, todavía cubierto por el velo enrarecido de la madrugada. Mi conciencia me reconoció por fin y me dije a mí mismo con cierto talante aleccionador: *Soy yo, Ignatius. El mismo de siempre. Y estoy en medio de un viaje al desierto de Urumaco. Por eso el sueño transcurre en un desierto y la imagen del sol no es otra cosa que una reproducción onírica de la potencia omnipresente del sol que tanto me impresionó ayer desde que llegué.* Entonces la razón entró como un tiburón triunfante dando sus embestidas limpias y precisas, argumentando que al fin y al cabo todas esas imágenes las había producido el cerebro. Me decía que no era más que eso: el inconsciente rumiando las imágenes y las experiencias nuevas, del mismo modo en que el mar mastica la sal de las piedras.

¡Qué tranquilidad otorga la razón! Ya no hubo que darle más vueltas al asunto, había sido apenas un sueño, no había nada trascendente detrás, no era el «ojo» ni la «vagina de Dios», ni nada «sagrado».

Al pensar de ese modo algo en mí sintió un enorme alivio. Aunque luego del alivio sobrevino una desazón tremenda, acompañada de una insípida resignación al confiar en que todo seguiría siendo igual, que la vida continuaría su curso inexorable por la vía de la cotidianidad. No hay misterio, sino ignorancia y superstición. Pero, ¿y la sensación de plenitud inexpresable, la certeza de haber tenido este sueño o uno parecido muchísimas veces atrás? ¿Cómo explicar la aparición de ciertas imágenes que no he visto en ningún otro lado? *Será cuestión de preguntarle a un psiquiatra junguiano*, pensé, y me reí para mis adentros.

Todo esto ocurrió en muy pocos minutos, a medida que despertaba y justo antes de volver a quedarme dormido.

